

Cristo *la tumba,* VENCIO

Ministerio de
Educación
INPM MARZO 2026

DEVOCIONAL DE PREPARACIÓN PARA SEMANA SANTA





El Gólgota no fue el final de la historia. La cruz no fue un punto final, sino una puerta abierta hacia la gloria. Allí donde el mundo vio derrota, Dios estaba escribiendo el prólogo de la victoria más grande jamás anunciada. Porque el evangelio no termina con un cuerpo herido colgado en un madero ni con una tumba sellada por una piedra. El evangelio continúa con una tumba vacía, un Salvador resucitado y un Rey que volverá.

Las tinieblas del Calvario fueron profundas, pero no eternas. El mismo Cristo que inclinó su cabeza y entregó su espíritu se levantó con poder al tercer día. La muerte —ese tirano que había reinado desde Adán— fue derrotada en su propio territorio. Como proclama el apóstol: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:54–55).

La resurrección de Cristo no es un símbolo religioso ni un consuelo poético para almas sentimentales. Es el acontecimiento central de la historia. Si Cristo no resucitó, nuestra fe sería vana y todavía estaríamos en nuestros pecados (1 Corintios 15:17). Pero Cristo resucitó. Y con su resurrección comenzó una nueva creación. El sepulcro vacío es el amanecer del mundo nuevo.

El que fue crucificado ahora vive. El que fue humillado ahora reina. El que fue traspasado ahora intercede por su pueblo. Y el que ascendió a los cielos prometió volver. Nuestra esperanza cristiana no descansa en el optimismo humano ni en el progreso de la civilización. Descansa en una Persona viva: Jesucristo, el Señor resucitado. Por esto, la esperanza cristiana no es un deseo incierto, sino una certeza gloriosa. Porque si Cristo venció a la muerte, entonces nada puede separar a los redimidos de su amor. Si la tumba no pudo retenerle, tampoco podrá retener para siempre a los que están unidos a Él. Como declaró nuestro Señor: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.” (Juan 11:25).

En este último bloque contemplaremos la luz que irrumpe después de las tinieblas: la tumba vacía, la victoria sobre la muerte, la intercesión del Cristo ascendido, el gozo eterno de los redimidos y la promesa gloriosa de su regreso. La historia que comenzó con sangre derramada en una cruz culmina con un Reino eterno donde Dios morará con su pueblo.

La cruz fue el precio de nuestra redención. La resurrección es su confirmación. Y la venida de Cristo será su consumación. Al cerrar este camino devocional, levantemos nuestros ojos. La fe cristiana no vive mirando solo hacia atrás, al sacrificio consumado, sino también hacia adelante, al Rey que viene. El Redentor vino. El Redentor vive. Y el Redentor volverá. Caminemos, pues, en esa esperanza. Porque la luz que resplandeció en la mañana de la resurrección jamás volverá a apagarse.

Samuel Hernández Clemente

Min. de Educación / Iglesia Nacional Presbiteriana de México

DÍA 1

La tumba vacía y la aurora de la esperanza

Lectura bíblica: Mateo 28:5–6

Nuestro único consuelo, tanto en la vida, como en la muerte: es que los redimidos con cuerpo y alma, no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a nuestro fiel Salvador Jesucristo, que nos libró del poder del diablo, satisfaciendo enteramente con preciosa sangre por todos nuestros pecados, y nos guarda de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de nuestra cabeza puede caer. Antes es necesario que todas las cosas sirvan para nuestra salvación. Por eso también nos asegura, por su Espíritu Santo, la vida eterna y nos auxilia para vivir según su santa voluntad /Heidelberg #1

Había tinieblas

La madrugada llegó sobre un mundo cansado. Las mujeres caminaron hacia el sepulcro con el corazón pesado y los brazos cargados de especias funerarias. Esperaban encontrar silencio, piedra fría y el cuerpo inerte del Maestro. Para ellas, la historia parecía terminada. La cruz había aplastado sus sueños y el sepulcro parecía la última palabra. Así son nuestras tinieblas: cuando creemos que la muerte gobierna, que el pecado ha vencido y que las promesas de Dios se han apagado. El corazón humano conoce bien esa oscuridad: esperar vida y encontrar tumba, buscar esperanza y hallar piedra sellada.

La luz vino a las tinieblas

Pero Dios nunca llega tarde a sus propias promesas. Un ángel descendió, la tierra tembló y la piedra fue removida. No para que Cristo saliera —porque el Señor resucitado no necesita puertas— sino para que nosotros pudiéramos mirar dentro. La tumba estaba vacía. Cristo había vencido a la muerte desde dentro de la muerte misma. *La resurrección es la proclamación pública de que la cruz logró lo que prometía.* El Padre aceptó el sacrificio del Hijo. El pecado fue expiado. La muerte perdió su dominio. La aurora eterna comenzó en un jardín silencioso.

La luz resplandece en las tinieblas

La tumba vacía es el anuncio más glorioso que ha escuchado la humanidad. Cristo no es un mártir más en el cementerio de la historia. Él vive. La piedra removida es el primer rayo de un amanecer que nunca se extinguirá. Cuando la muerte parecía coronarse reina, el Rey verdadero se levantó. Cada latido de vida, cada mañana nueva, cada promesa del evangelio susurra la misma verdad: Cristo vive y su victoria es irrevocable.

Andemos en luz

Si Cristo vive, nuestra fe no camina hacia una tumba, sino hacia un trono. El cristiano no es un guardián de reliquias, sino un testigo del Viviente. La resurrección nos llama a abandonar las ropas del sepulcro: el temor, la culpa persistente, la desesperanza. Vivimos como quienes han visto el interior de la tumba y han comprobado que está vacía. Podemos caminar con valentía, servir con gozo y perseverar en santidad. El Señor resucitado gobierna hoy. La muerte ya no es un muro, sino una puerta abierta por las manos perforadas del Salvador.

Oración

Señor Jesucristo, Tú que venciste la tumba y quebraste el poder de la muerte, despierta nuestro corazón para vivir a la luz de tu resurrección. Quita de nosotros el temor y fortalece nuestra fe en tus promesas. Haznos testigos fieles del Cristo vivo y enséñanos a caminar cada día en la esperanza de tu victoria. Que nuestras vidas proclamen que la tumba está vacía y que Tú reinas por los siglos. Amén.

Para meditar

- “No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor” (Mateo 28:6)
- “sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoorea más de él” (Romanos 6:9)
- “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3)

DÍA 2

La muerte ha sido vencida

Lectura bíblica: - 1 Corintios 15:54–57

Nos declaramos cristianos, pues creemos que Cristo ha rescatado nuestros cuerpos y almas de los pecados, no con oro o plata, sino con su preciosa sangre, y librándonos del poder del Diablo, nos ha hecho suyos y participamos de su unción, para confesar su nombre y ofrecernos a Él, en sacrificio vivo, santo y agradable y en esta vida luchamos contra el pecado y Satanás con una conciencia limpia y buena en la esperanza de que después de esta vida reinaremos con Cristo eternamente en cielos nuevos y tierra nueva /Heidelberg #32 y 34

Había tinieblas

La muerte se levanta como el gran tirano de la historia humana. Desde la caída de Adán, cada cuna camina lentamente hacia una tumba. El pecado clavó su aguijón en nuestra carne, y la ley de Dios —santa y justa— expone nuestra culpa sin ofrecer remedio en nosotros mismos. Por eso el sepulcro parece invencible: reyes, sabios, pobres y poderosos terminan bajo su silenciosa sombra. Ninguna filosofía ha logrado silenciar ese eco. El ser humano puede adornar la tumba con flores o discursos optimistas, pero el polvo sigue reclamando su presa.

La luz vino a las tinieblas

Pero en el amanecer de la resurrección, Dios proclamó una noticia que sacude los cimientos del cementerio: la muerte ha sido derrotada. Cristo no solo murió; **resucitó victorioso**. En su cruz cargó el pecado que alimentaba el aguijón de la muerte, y en su resurrección quebró su poder. La resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra esperanza. La tumba de Jesús quedó vacía porque el sacrificio fue aceptado y la justicia satisfecha. Donde el pecado exigía condenación, Cristo respondió con expiación. Donde la muerte reclamaba dominio, el Hijo de Dios levantó un estandarte de victoria.

La luz resplandece en las tinieblas

Ahora la muerte ya no es un verdugo definitivo para los redimidos; es apenas una puerta. El enemigo sigue gruñendo, pero perdió su aguijón.

El creyente puede mirar al sepulcro con lágrimas, sí, pero no con desesperación. El mismo Cristo que salió de la tumba promete que los suyos también se levantarán. La resurrección de Cristo es la mañana eterna del creyente - cuando llegue el día final, lo corruptible será vestido de incorruptible, y el polvo de los santos despertará a la gloria. Entonces el universo entero oirá el cántico triunfal: la muerte ha sido tragada por la victoria.

Andemos en luz

Si Cristo venció a la muerte, nuestra vida ya no puede ser gobernada por el miedo ni por el pecado. Vivimos como quienes pertenecen a la eternidad. No seguimos a un mártir derrotado, sino a un Rey resucitado. Por eso perseveramos en santidad, esperanza y servicio. Cada acto de obediencia es una declaración silenciosa de que la muerte no tiene la última palabra. Cada día vivido para Cristo es una anticipación de la resurrección. Caminemos con valentía: el sepulcro está vacío, el Salvador vive, y la victoria final ya está asegurada para todos los que están en Él.

Oración

Señor Jesucristo, vencedor de la muerte, te damos gracias porque cargaste nuestro pecado y quebraste el poder del sepulcro. Cuando tememos la fragilidad de la vida, recuérdanos que tu resurrección es nuestra esperanza. Enséñanos a vivir con los ojos puestos en la eternidad, a caminar en santidad y confianza, y a proclamar con gozo que la muerte ya no reina. Hasta el día en que nuestros ojos vean tu gloria y nuestros cuerpos sean levantados en incorruptibilidad, sosténnos por tu gracia. Amén.

Para meditar

- “Sabido que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseorea más de él” (Romanos 6:9)
- “Pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10)
- “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19)

DÍA 3

La resurrección y la vida

Lectura Bíblica: Juan 11:25-26

Ya que Cristo murió por nosotros, nuestra muerte no será un castigo por nuestras impiedades, sino una liberación del pecado y un paso hacia la vida eterna – por lo tanto, en nuestros extremados dolores y grandísimas tentaciones nos asegura y sostiene este consuelo; que nuestro Señor Jesucristo, por medio de las inexplicables angustias, tormentos, espantos y turbaciones infernales de su alma, en los cuales fue sumido en sus padecimientos, pero especialmente clavado en la cruz, nos ha librado de las ansias y tormentos del infierno /Heidelberg #42 y 44

Había tinieblas

La tumba de Lázaro estaba cerrada. Una piedra pesada guardaba el silencio de la muerte. Marta lloraba, María gemía y los amigos guardaban ese respeto incómodo que la muerte impone.

Así son nuestras tumbas también: lugares donde los sueños parecen morir, donde la esperanza se cubre de polvo y el corazón pregunta en voz baja: “¿Se acabó todo?” La muerte ha sido siempre el último argumento del mundo caído. Desde Adán hasta hoy, el pecado ha sembrado cementerios en la historia humana. “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Allí, en ese valle oscuro, la humanidad aprende que ningún médico, filósofo o gobernante puede abrir una tumba.

La luz vino a las tinieblas

Entonces Cristo habló. No ofreció una teoría sobre la vida después de la muerte; pronunció una declaración sobre sí mismo: “Yo soy la resurrección y la vida”. No dijo: “Yo enseño el camino a la vida”, sino: “Yo soy la vida”. En Él la tumba pierde su voz y la muerte pierde su corona. El mismo que lloró frente al sepulcro de su amigo era también el Señor que lo llamaría fuera. Aquí resplandece la gloria del Mediador: Aquel que moriría en la cruz pronto mostraría que la muerte no era su dueño, sino su prisionera. Cristo, al resucitar, nos abrió la puerta de la vida eterna.

La luz resplandece en las tinieblas

La resurrección de Cristo no es un símbolo inspirador; es una victoria histórica y eterna. Cuando Jesús salió del sepulcro, no solo dejó una tumba vacía: dejó una promesa llena. La muerte fue derrotada en su propio terreno. El creyente aún pasa por el valle del último enemigo, pero lo hace sabiendo que el Rey ya cruzó primero. La tumba es el guardarropa donde los santos dejan sus harapos antes de vestirse de gloria.

Andemos en luz

Si Cristo vive, nuestra fe no es un suspiro religioso sino una certeza viva. Podemos enfrentar el dolor sin desesperación, la pérdida sin nihilismo y el futuro sin temor. El mundo vive como si la muerte tuviera la última palabra; nosotros vivimos sabiendo que Cristo ya habló primero... y habló más fuerte. Por eso no caminamos hacia la oscuridad, sino hacia el amanecer eterno. El creyente no se aferra a este mundo como quien teme perderlo; vive con las manos abiertas, sabiendo que la vida verdadera está escondida con Cristo en Dios.

Oración

Señor Jesucristo, resurrección y vida eterna de tu pueblo, abre nuestros ojos para contemplar tu victoria. Cuando el temor de la muerte susurre en nuestro corazón, recuérdanos que tú venciste el sepulcro y que en ti tenemos vida eterna. Fortalece nuestra fe para caminar con esperanza, incluso en los valles más oscuros. Te alabamos y rendimos devoción, pues solo Tú vives, reinas e intercedes por nosotros. Amén.

Para meditar

- “Sabido que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseorea más de él” (Romanos 6:9)
- “Pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10)
- “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24)

DÍA 4

Nuestro Sumo Sacerdote vive

Lectura Bíblica: Hebreos 7:25

Nuestro Rey y Salvador Jesucristo subió al cielo para mostrarse allí como cabeza de su Iglesia, por quien el Padre gobierna todas las cosas y por eso, en todas las miserias y persecuciones, con plena confianza, esperamos del cielo como juez, a Aquel mismo que primeramente se puso delante del juicio de Dios por su pueblo y alejó de nosotros toda maldición; y él mismo, en su victoria y juicio, echará a todos los enemigos suyos y nuestros en las penas eternas; y a todos sus santos, los conducirá al gozo del cielo y a la gloria eterna / Heidelberg #50 y 52

Había tinieblas

La humanidad siempre ha sentido el peso de su culpa. La conciencia acusa como un martillo insistente: hemos pecado contra un Dios santo. Ninguna obra humana logra silenciar esa voz interior. Los antiguos sacerdotes ofrecían sacrificios una y otra vez, porque el pecado volvía a levantarse como maleza en campo descuidado. Había altar, había sangre, pero era insuficiente. Porque el hombre caído no solo necesita perdón; necesita un Mediador que permanezca para siempre.

La luz vino a las tinieblas

Cristo no solo murió y resucitó; ascendió. El Salvador que salió de la tumba ahora se sienta a la diestra del Padre y ejerce su sacerdocio eterno. No es un sacerdote que envejece ni uno que necesita sucesor. Vive para siempre. Su intercesión no es una súplica insegura, sino el reclamo legítimo de su propia obra consumada. Mientras Cristo interceda por nosotros, la gracia de Dios nunca nos faltará. El cielo no guarda silencio por los redimidos; el Hijo mismo pronuncia sus nombres delante del Padre.

La luz resplandece en las tinieblas

Qué consuelo para el alma cansada: no estamos solos en nuestra lucha espiritual. Nuestro Salvador vive y ora por nosotros. Cuando la fe vacila, Cristo intercede.

Cuando la culpa susurra acusaciones, Cristo presenta su sangre. Cuando el enemigo acusa, el Abogado levanta su voz. Por eso la esperanza cristiana no es frágil. Nuestro Redentor no solo abrió el camino al cielo; permanece allí asegurando que ninguno de los que el Padre le dio se pierda.

Andemos en luz

Si Cristo vive intercediendo por nosotros, entonces podemos acercarnos a Dios con confianza. No con arrogancia, sino con reverente seguridad. La vida cristiana no se sostiene por la ansiedad religiosa ni por méritos acumulados, sino por la gracia que fluye del trono donde Cristo reina. Por eso perseveramos en oración, arrepentimiento y fe. Cada día caminamos hacia Dios, sabiendo que nuestro Sumo Sacerdote ya está allí. La religión humana intenta escalar al cielo; el evangelio anuncia algo mejor: el Hijo de Dios abrió el acceso y sostiene nuestra causa eternamente.

Oración

Señor Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, gracias porque no solo moriste por nosotros, sino que vives para interceder por nuestras almas. Cuando nuestras fuerzas fallan, recuérdanos que tu obra permanece firme. Cuando el pecado nos acusa, haznos mirar tu sangre que habla mejor que toda condenación. Enséñanos a acercarnos al Padre con humilde confianza, sabiendo que tú eres nuestro Mediador eterno. Guarda nuestra fe hasta el día en que te veamos cara a cara. A ti sea la gloria por los siglos. Amén.

Para meditar

- “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1)
- “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:34)
- “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5)

DÍA 5

Yo vengo pronto

Lectura Bíblica: Apocalipsis 22:12-13

Nuestro Señor Jesucristo, a la vista de sus discípulos, fue elevado de la tierra al cielo y volverá a juzgar a los vivos y a los muertos – siendo día y noche nuestro intercesor en el cielo delante del Padre y estemos seguros de que siendo Él nuestra cabeza, nos atraerá a sí mismo como miembros suyos, pues desde allí nos envía su Espíritu como prenda y garantía, por cuya virtud buscamos, no las cosas de la tierra sino las de arriba, donde nuestro Salvador y Rey está sentado a la diestra de Dios /Heidelberg #46 y 49

Había tinieblas

El corazón humano vive atrapado entre la memoria del pecado y el miedo al porvenir. Miramos el mundo y vemos guerras, mentiras, injusticia y muerte; miramos dentro de nosotros y hallamos orgullo, culpa y cansancio. Las generaciones pasan como sombras sobre la tierra. El hombre promete progreso, pero no puede prometer esperanza eterna. Sin Cristo, el futuro es una puerta cerrada y oscura. La historia humana, por sí sola, no camina hacia la redención sino hacia el juicio. Como escribió el salmista: “Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive”. Sin la promesa divina, el mañana sería apenas una prolongación de nuestras tinieblas.

La luz vino a las tinieblas

Pero el Cristo crucificado y resucitado no sólo vino: **vendrá otra vez**. El mismo que gritó “Consumado es” desde la cruz declara ahora: “Yo vengo pronto”. El Redentor no abandonó su obra a medio camino. El Alfa que inició la historia es también el Omega que la concluirá. Su venida no será humilde como en Belén, sino gloriosa como el amanecer después de la tormenta. Vendrá como Rey justo, trayendo recompensa para los suyos y justicia perfecta para el mundo. Como afirmó Juan Calvino: “Nuestra felicidad consiste en esperar su venida”. Cristo no sólo redimió nuestro pasado; también gobierna nuestro futuro.

La luz resplandece en las tinieblas

La promesa de su regreso transforma la noche presente. El cristiano no vive mirando únicamente hacia atrás, a la cruz vacía, sino también hacia adelante, al Rey que vuelve. Aquel que venció la muerte no olvidará a su pueblo. Cada lágrima será contada. Cada injusticia será rectificada. Cada redimido será vindicado. El mundo puede burlarse de esta esperanza, pero el trono del Cordero no tiembla por las burlas humanas. Cristo viene, y cuando Él llega, la historia encuentra su verdadero amanecer.

Andemos en luz

Vivir esperando la venida de Cristo cambia nuestras prioridades. Si el Rey vuelve pronto, no podemos vivir como si esta vida fuese todo. El creyente aprende a caminar con sobriedad, fidelidad y gozo. Mientras el mundo corre detrás de tesoros que el polvo devora, nosotros aguardamos una corona incorruptible. La iglesia vive vigilante, como una lámpara encendida en la noche.

Oración

Señor Jesucristo, Alfa y Omega, principio y fin, afirmamos con gozo tu promesa: vienes pronto. Guarda nuestros corazones de amar este mundo pasajero. Haznos vivir vigilantes, fieles y llenos de esperanza. Que la certeza de tu regreso fortalezca nuestra fe en medio de las pruebas y purifique nuestras vidas. Que nuestros ojos estén puestos en tu reino eterno y no en las sombras temporales de esta edad. Ven, Señor Jesús, y sostén a tu iglesia hasta el día glorioso de tu aparición. Amén.

Para meditar

- “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:16)
- “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28)
- “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él” (Ap. 1:7)

DÍA 6

El gozo de los redimidos

Lectura Bíblica: Salmo 16:9–11

Creemos que JESUCRISTO, en su resurrección, ha vencido al sepulcro, para hacernos participantes de aquella justicia que conquistó por su muerte. Y también nosotros somos resucitados ahora por su poder a una nueva vida – por lo tanto, la resurrección de Cristo, cabeza nuestra, es prenda segura de nuestra gloriosa resurrección; y aunque en cuanto a la naturaleza humana ahora ya no está en la tierra, sin embargo, en cuanto a su deidad, majestad, gracia y Espíritu en ningún momento está ausente de nosotros /Heidelberg #45 y 47

Había tinieblas

El hombre fue creado para el gozo en Dios, pero el pecado torció esa vocación sagrada. Buscamos felicidad como mendigos que rebuscan en un basurero: fama, poder, dinero, placeres fugaces. Todo promete alegría, pero termina en polvo. El corazón humano, lejos de Dios, vive entre risas huecas y placeres que envejecen antes de la noche. Como dijo el sabio predicador: “todo es vanidad”. El pecado no solo nos separa de Dios; también nos roba la alegría verdadera. El alma, apartada de su Creador, se vuelve como un instrumento desafinado: capaz de emitir sonidos, pero incapaz de producir música celestial.

La luz vino a las tinieblas

El Salmo 16 apunta más allá de David; señala al Hijo mayor de David: Jesucristo. En la resurrección de Cristo, Dios cumplió esta promesa gloriosa: “no permitirás que tu santo vea corrupción”. Así lo proclamó el apóstol Pedro en Pentecostés (Hechos 2). Cristo atravesó la tumba y salió victorioso, no solo para vivir, sino para compartir su vida con los redimidos. Donde Adán trajo tristeza, Cristo trae gozo. Donde el pecado trajo muerte, Cristo trae plenitud.

La luz resplandece en las tinieblas

El gozo del creyente no es superficial ni frágil; brota de una tumba vacía. Cristo vive, y por eso el gozo de los redimidos no depende del clima de la vida ni de la aprobación del mundo. Es un gozo que ha pasado por la cruz. El mundo ríe hoy y llorará mañana; el cristiano, aun llorando, posee una esperanza invencible. Hay un destello del cielo en la tierra para aquellos que confían en Cristo - el gozo cristiano no ignora el dolor, pero lo atraviesa con esperanza, porque sabe que la historia no termina en la tumba, sino en la presencia del Señor.

Andemos en luz

Vivir en Cristo significa aprender a alegrarnos en Dios. No en los ídolos de la cultura ni en las promesas huecas del mundo. El creyente encuentra gozo en la comunión con Dios, en la obediencia, en la adoración y en la esperanza eterna. El mundo persigue la felicidad como quien corre tras un espejismo en el desierto - Pero en Cristo el alma bebe del manantial verdadero. Por eso caminamos en gratitud, adoración y santidad. La vida cristiana no es una penitencia sombría; es una peregrinación hacia la plenitud del gozo en la presencia del Rey resucitado.

Oración

Señor Jesucristo, fuente eterna de vida y alegría, aparta nuestro corazón de los falsos gozos de este mundo. Enséñanos a deleitarnos en tu presencia y a descansar en tu victoria sobre la muerte. Haz que nuestra esperanza esté anclada en tu resurrección y que nuestra alegría brote de tu gracia. Llena nuestra vida con el gozo que solo tú puedes dar, hasta el día en que contemplemos tu rostro y entremos en la plenitud de tu gloria. Amén.

Para meditar

- “A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8)
- “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17)
- “Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15:11)

DÍA 7

La eternidad con Cristo

Lectura bíblica: Apocalipsis 21:3-4

Cuando clamamos “Venga tu reino” Celebramos el Señorío, Dominio y Justicia de Dios, anhelando que reine sobre nosotros por Su Palabra y Espíritu, y que nos sometamos cada vez más y más a Él con mansedumbre y fidelidad. Suplicamos que en su poder y auxilio conserve y aumente Su iglesia, que destruya las obras del diablo y todo poder que se levante contra su reino, lo mismo que todos los consejos que se toman contra Su Palabra, hasta que la plenitud de Su reino venga, cuando Cristo sea manifestado en gloria y regrese a juzgar a vivos y muertos – Heidelberg 123

Había tinieblas

La historia humana es un valle de lágrimas. Desde Edén hasta nuestros días, caminamos bajo la sombra del dolor: cementerios llenos, corazones quebrados, esperanzas marchitas. El pecado abrió una grieta entre Dios y el hombre, y por ella se filtraron la muerte, el miedo y el llanto. Somos peregrinos cansados en una tierra que gime. Las ciudades brillan con luces eléctricas, pero el alma humana sigue a oscuras. Sin Dios, la eternidad es una palabra aterradora: un abismo sin consuelo. El hombre caído teme al tiempo que no termina, porque sabe —aunque lo niegue— que su culpa tampoco termina.

La luz vino a las tinieblas

Pero el Evangelio anuncia algo glorioso: Dios no dejó a su pueblo en ese destierro. El Hijo eterno descendió al valle de lágrimas. Jesucristo tomó nuestra carne, cargó nuestra culpa y bebió la copa de la ira divina. En la cruz abrió un camino hacia la casa del Padre. La promesa de Apocalipsis no es poesía sentimental; es el fruto de la expiación. Cristo murió para que Dios pudiera habitar nuevamente con los hombres. Como dijo Juan Calvino: “Nuestra felicidad perfecta consiste en la comunión con Dios”. Y esa comunión fue comprada con sangre, la sangre preciosa del Cordero.

La luz resplandece en las tinieblas

Apocalipsis nos deja ver el final del camino: Dios mismo morando con su pueblo. No una visita breve, no una aparición pasajera, sino una comunión eterna. Allí no habrá lágrimas porque no habrá pecado; no habrá muerte porque la muerte ya fue derrotada. Cristo resucitado es la garantía de ese mundo nuevo. La tumba vacía es la primera grieta en el muro del sufrimiento eterno. Y cuando el Señor reine plenamente, toda sombra se disipará. El cielo no es simplemente un lugar mejor; es la presencia gloriosa del Cordero que fue inmolado y vive para siempre.

Andemos en luz

Si esa es nuestra esperanza, no vivimos como quienes caminan sin destino. Somos peregrinos que avanzan hacia la casa del Padre. Por eso rechazamos las tinieblas del pecado y abrazamos la luz de Cristo. El creyente no vive para este breve parpadeo llamado vida terrenal; vive para la eternidad con su Señor. Cada acto de fe, cada oración, cada lágrima derramada por causa de Cristo es una semilla sembrada en el campo eterno. Quien pertenece a Jesús ya comenzó a saborear esa vida. Y el día vendrá cuando la fe se volverá vista.

Oración

Señor Jesucristo, Cordero de Dios y Rey eterno, gracias porque abriste con tu sangre el camino hacia la casa del Padre. Cuando nuestro corazón se cansa y nuestros ojos se llenan de lágrimas, recuérdanos que nos espera una gloria incorruptible. Afirma nuestra esperanza, purifica nuestra vida y haznos caminar en tu luz mientras aguardamos el día en que veremos tu rostro. A Ti sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Para meditar

- “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Filipenses 3:20)
- “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2)
- “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Juan 17:24)

DÍA 8

El Redentor vino, el Redentor vive, el Redentor viene

Lectura Bíblica: 1 Pedro 1:17–20

Creemos que el Santo y Soberano Dios, por la satisfacción de Cristo, no quiere acordarse jamás de nuestros pecados, ni de nuestra naturaleza corrompida, con la cual debemos luchar toda la vida, sino que gratuitamente nos otorga la justicia de Cristo para que nunca más vengamos a condenación – y nos consuela con la certeza de que no sólo nuestra alma después de esta vida será llevada en el mismo instante a Cristo, su cabeza, sino que también nuestra carne, siendo resucitada por la potencia de Cristo, será de nuevo unida a nuestro espíritu y seremos hechos conforme al glorioso cuerpo de Cristo /Heidelberg #56 y 57

Había tinieblas

La historia humana comenzó con gloria, pero pronto se cubrió de sombras. Desde Edén hasta nuestros días, el hombre ha caminado como un heredero que dilapidó la fortuna del cielo. Pecado, culpa y vanidad marcaron nuestras sendas. Generación tras generación heredó no sólo costumbres, sino una “vana manera de vivir”. Pensábamos que el oro compraba seguridad y que la religión compraba perdón. Pero ni los templos ni los tesoros podían redimir el alma. El pecado dejó al mundo como una noche espesa, donde la conciencia acusa y la muerte reclama. Allí estábamos: extraviados, endeudados y espiritualmente en bancarrota.

La luz vino a las tinieblas

Dios no improvisa; antes de que existiera la primera sombra, el Cordero ya estaba designado. Cristo no fue un plan de emergencia; fue el plan eterno. En la plenitud del tiempo, el Redentor vino. Caminó entre pecadores, cargó nuestra culpa y derramó su sangre preciosa.

En la cruz no se pagó con plata ni con oro, sino con sangre. Y el tercer día, la tumba perdió su presa. El Redentor vive. La muerte fue derrotada, la deuda cancelada y la gracia proclamada.

La luz resplandece en las tinieblas

El mismo que murió por nosotros reina ahora a la diestra del Padre. Y el mismo que ascendió regresará con gloria. La historia no avanza hacia el caos, sino hacia la coronación del Rey. La resurrección es la garantía de que Cristo cumplirá todas sus promesas. Cada lágrima redimida, cada tumba abierta, cada promesa cumplida testificará que el Cordero reina. La luz que irrumpió en el sepulcro jamás volverá a apagarse.

Andemos en luz

Si fuimos comprados con sangre tan preciosa, ¿cómo viviríamos como si aún pertenecieran las tinieblas? La vida cristiana no es un intento de comprar salvación; es la respuesta agradecida de los redimidos. Caminamos en reverencia, no en temor servil, sino en asombro reverente ante tan gran rescate. Nuestro tiempo en este mundo es peregrinación. El creyente vive mirando hacia atrás a la cruz, hacia arriba al trono y hacia adelante al regreso del Rey. El mundo presume su oro; nosotros proclamamos la sangre de Cristo. Porque quien fue redimido por el Cordero no vive para la vanidad, sino para la gloria de Dios.

Oración

Señor Jesucristo, Cordero sin mancha, te alabamos porque viniste a buscarnos cuando caminábamos en tinieblas. Gracias por tu sangre preciosa que pagó nuestra redención. Danos corazones reverentes mientras peregrinamos en este mundo, y mantén nuestros ojos fijos en tu glorioso regreso. Que nuestra vida proclame que pertenecemos a ti, no al mundo. Haznos caminar en tu luz hasta el día en que te veamos cara a cara. A ti sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Para meditar

- “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8)
- “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él” (Apocalipsis 1:7)
- “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:16)